

OTRAS LETRAS

Quiénes somos

En pocos días, dos síntomas de que hay quien quiere pensar en Galicia con un propósito científico, diseccionamos y relatar qué tenemos dentro para saber de verdad quiénes somos y más que nada quiénes podemos ser. En A Toxa, el empeño de Emilio Pérez Nieto y Santiago Lago convoca a empresarios, académicos y periodistas para relatarlos a calzón quitado. El Foro Económico consigue que aquello parezca la Europa de la razón. Y estos días, la energía de Lourenzo Fernández Prieto explica la creación del grupo Beta*, ingenieros, economistas, historiadores y filólogos psiquanalizando nuestras realidades, por qué somos tan viejos, por qué usamos somieres de cierre, por qué ardemos, por qué, por qué.

Nos conocemos regular, la verdad. Somos pocos y demasiadas veces mal avenidos, o al menos mal vertebrados. La brecha oficial habla de la Galicia atlántica y la interior, dos mundos con pulsiones contradictorias, según la tesis más manejada. Puede que sea así, y que el influjo multiplicador del mar, esa riqueza bañada en salitre, se pierda a la altura de A Cañiza, por el sur. Pero hay otra grieta de profundidad abisal, la que separa la Galicia urbana y la rural, dos mundos desocidos que se miran con recelo. En la ciudad se confunde el rural con un jardín, un territorio bucólico y pastoril al que se va de merienda. Desde las aldeas se desestima esa ignorancia displicente del tipo que confunde el progreso con los semáforos y que cuando ve una vaca pregunta por qué todas tienen nombre de mujer.

Galicia ha vivido una inercia existencial en la que hemos intervenido poco. Un mismo partido la ha gobernado durante 25 años desde que somos autonomía y mirándonos con algo de autoexigencia, sin concesiones folclóricas, es inevitable preguntarnos si de verdad tienen un plan, una idea clara de qué quieren hacer con un país en el que faltan grandes relatos y sobran crisis estructurales. Alentador que ante la rutina chata de los políticos, la sociedad reaccione. Falta que escuchen.

Vuelta de hoja

DMZ



Miguel-Anxo Murado
Escritor y periodista

Cada vez que Corea del Norte lanza uno de sus cohetes, como ocurrió ayer, el mundo se acuerda de repente de que la guerra de Corea no llegó a terminar nunca. Los combates como tales duraron solo tres años —incluso la serie de televisión *MASH*, que contaba esa historia, aguantó más tiempo en antena—. Pero después de cientos de miles de muertos y la amenaza de una guerra nuclear, se llegó al empate más largo de la historia, que dura hasta hoy, y cuya manifestación más visible es la DMZ, la zona desmilitarizada, la cicatriz de 250 kilómetros que separa las dos Coreas con un surtido de minas y alambradas. A un lado y otro de esta frontera, la más fortificada del mundo, los soldados se

observan sin pestañear jamás, y en medio hay una tierra de nadie ocupada por una tienda de recuerdos para los turistas, que les hacen fotos como a los mimos inmóviles y enharinados de las ciudades turísticas. La DMZ es una obra maestra de la congelación y la simetría. Todo permanece como ha

ce seis décadas en un equilibrio casi perfecto. La línea de alto el fuego que cruza de lado a lado la península coreana atraviesa también, exactamente por la mitad, la cabaña en la que se negoció la tregua. Incluso pasa por en medio de la mesa de las conversaciones de paz, que se siguen celebrando tras más de un millar largo de reuniones sin resultado. Un día, los norcoreanos se negaron a sentarse porque sospechaban que los surcoreanos se habían traído sillas unos centímetros más altas. Otro día los surcoreanos se retiraron porque les pareció que el banderín al otro lado de la mesa era unos centímetros más grande.

La simetría no es del todo perfecta. Llamadas por vocaciones distintas, Corea del Sur se ha ido haciendo cada vez más rica y Corea del Norte cada vez más pobre. En el Sur se han ocupado

La zona desmilitarizada es una obra maestra de la congelación y la simetría

en fabricar lavadoras, coches, teléfonos móviles, ordenadores y todo tipo de *gadgets*. En el Norte se han centrado en desfiles, coreografías de masas y el desarrollo del átomo. Ambos han llegado a la maestría en cada una de sus especialidades. Siguen haciéndose la guerra, cada uno a su manera: el Sur inventando bulos disparados acerca de Kim Jong-un que luego la prensa de todo el mundo publica con cara seria; el Norte lanzando cohetes que puf en el aire y caen como una piedra.

Mientras, la DMZ, a base

de no tocarla, se ha convertido por sí sola en una de las reservas naturales más prístinas de Asia. En sus pinares han encontrado santuario los linces y los osos tibetanos, y en sus humedales prosperan las casi extinguidas grullas de Manchuria. Los ingenuos lo consideran un ejemplo de convivencia que podrían imitar las dos Coreas, cuando en realidad ese paraíso es el vástago hermoso del odio y entre las especies que se preserva está la guerra nuclear.

Muy lejos de allí, en la Universidad de Luisiana, los científicos han conseguido revivir bacterias que llevaban casi un millón de años dormidas en el hielo ártico. Sospechan que, del mismo modo, al derretirse el casquete por causa del calentamiento global, se acabarán liberando los microbios que quedaron crionizados hace decenas de miles de años y frente a los que los humanos quizá no estén inmunizados. Se puede ver la guerra fría como otra forma de glaciación sometida a la temperatura de la retórica. Cuanto más se les calienta la boca a los políticos, más sube la temperatura. Y si se derrite el hielo, nadie sabe qué bacteria podría liberarse.



GRACIAS

A todos nuestros socios.

Por su generosa colaboración con la que podemos apoyar al Museo a través de donación de obras de arte y otras acciones.

Tú también puedes colaborar y disfrutar de las ventajas de ser socio

www.amigosemuseoreinasofia.org
c/ Santa Isabel, 52 • 28012 • Tel.: 915 304 287
asociación@amigosemuseoreinasofia.org